



DIBUJOS DESDE EL GUETO

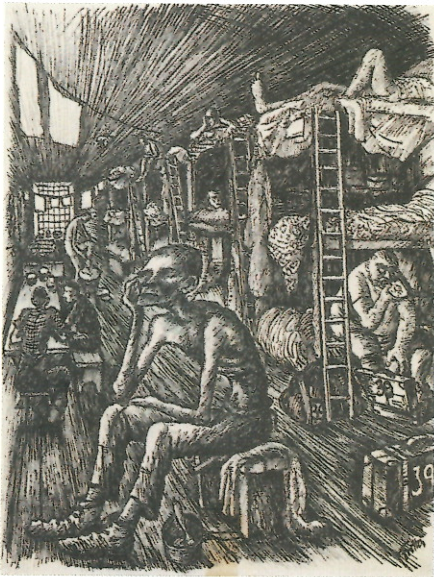
Nuevos testimonios de la vida en el campo de Terezín

Un gran ejemplo de la arquitectura militar de Bohemia. Eso había sido la fortaleza de Theresienstadt a finales del siglo XVIII. Situada a unos sesenta kilómetros al norte de Praga, se la llamó así en honor de la reina María Teresa. Terezín, como se la conoce en checo, se erigió a la manera de las fortificaciones que triunfaban en toda Europa, las de traza italiana: sofisticados complejos en forma de estrella prácticamente inexpugnables. Estaba diseñada para albergar, en tiempo de guerra, a hasta 11.000 soldados.

SIGLO Y MEDIO después tendría que dar cabida a 140.000 judíos del centro y el este de Europa. No era exactamente un gueto, aunque pueda considerárselo como tal, ni tampoco un campo de exterminio, aunque muriesen en él más de 33.000 personas por enfermedades e inanición. Entre 1941 y 1944, Terezín fue un "asen-

En la imagen superior, "De pie en la cola frente a la cocina", dibujo de Helga Weiss. A la dcha., fotografía de Helga en su primer día de colegio, a los seis años. Ambas imágenes: © Wallstein Verlag, Alemania, 1998. Todos los derechos reservados.





En esta página, dibujos del artista checo Bedřich Fritta: Arriba a la izqda., "Campamento de los hombres en el cuartel de los Sudetes", 1943-44.

Arriba a la dcha., "Vida en Theresienstadt", 1943-44.

En esta imagen, "Para Tommy en su tercer cumpleaños en Theresienstadt 22/1/1944", dibujo del libro ilustrado por Fritta para su hijo, también interno en el campo.

Todas las imágenes: © préstamo permanente de Thomas Fritta-Haas.

Fotos: Jens Ziehe.

tamiento", una sala de espera ante una deportación segura a guetos como Varsovia o Lodz, donde tenían lugar ejecuciones masivas, o directamente a campos de la muerte como Auschwitz y Treblinka.

AUSCHWITZ fue uno de los infiernos a los que sobreviviría Helga Weiss, que llegó a Terezín con diez años. En el diario que logró escribir allí quedó reflejada la alternancia entre esperanza y desesperación que oprimía a los cautivos. Hubo durísimos momentos: "Ya no aguanto más. Cada noche me lo quito de la cabeza, pero hoy lo haré [...], me suicidaré". Pero también hubo algunos felices en familia, en la escuela instaurada furtivamente o en

celebraciones a espaldas de los guardas. Y hubo tiempo para el amor, el que sintió por un joven que sería trasladado y de cuya muerte supo años después. Helga dibujó también escenas cotidianas de trágica simplicidad. Se convirtió tras la guerra en una afamada artista, pero no fue hasta 2010 cuando una editora británica se interesó por aquellos apuntes y dibujos, que el tío de la niña había ocultado tras una pared. Ahora la editorial Sexto Piso publica *El diario de Helga* en castellano.

LOS NAZIS utilizaron Terezín para enmascarar ante el mundo el auténtico carácter de las deportaciones de judíos. La propaganda del régimen presentaba la fortaleza

como una "ciudad balneario". Cuenta el Museo Judío de Berlín que la opinión pública internacional (y la Cruz Roja Internacional, especialmente) debía creer que Theresienstadt era una localidad "normal", en la que los judíos vivían apartados, pero en condiciones aceptables. Una de las misiones de los artistas del campo sería generar material propagandístico que confirmara esa impresión. Pero, de manera clandestina, los internos plasmaban la auténtica vida en Theresienstadt.

El checo Bedřich Fritta era diseñador gráfico e historietista en Praga antes de la guerra. Los dibujos que debía realizar para las autoridades del campo sobre la apacible existencia en Terezín nada tenían que ver con los que ejecutó para sí y que, tras ser descubiertos, condujeron a su detención por hacer "propaganda del horror". Pocos meses después de la muerte de su esposa por inanición, fue trasladado a Auschwitz-Birkenau, donde murió con 38 años. Su hijo Thomas, de corta edad, sobrevivió. Un libro dedicado a él por Fritta fue hallado entre las paredes del campo. Sus dibujos de aquellos años se exponen hasta el 25 de agosto en el Museo Judío de Berlín (www.jmberlin.de/fritta/en), en una muestra que presta atención no solo a su valor histórico, sino también al artístico.

Thomas, hoy propietario del legado de su padre, fue, como Helga, uno de los 15.000 niños que pasaron por Terezín, y, como ella, uno del centenar y medio escaso que sobrevivieron. ■ *Texto: Empar Revert*